



Odisea

Michael P. Kube-McDowell



www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#Odisea

Colección: Tombooktu Asimov
www.asimov.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Odisea*

Autor: © Michael P. Kube-McDowell

Traducción: Miguel Giménez Sales

Traducción cedida por Editorial Molino

Edición original en lengua inglesa:

© Byron Preiss Visual Publications, Inc.

© Del prólogo: Nightfall, Inc.

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2012 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-15-4

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-441-4

ISBN Digital: 978-84-9967-442-1

Fecha de publicación: Diciembre 2012

Impreso en España

Imprime: Ulzama Digital

Maquetación: Alejandro Gómez-Cordobés Arderiu

Depósito legal: M-37049-2012

Índice

Leyes de la robótica.....	9
Mis robots.....	11
I. El despertar	19
II. Bajo el hielo.....	31
III. La misión de los robots.....	39
IV. No es posible llegar allí desde aquí	51
V. Respuesta.....	59
VI. Una roca un lugar duro	69
VII. Amigo o enemigo.....	77
VIII. Prueba de lealtad	89
IX. Aliado	101
X. Más que semántica.....	113
XI. Remendando	123
XII. Motín	137
XIII. Estación Rockliffe.....	151
XIV. Kate.....	163
XV. Cero Siete B.....	177

XVI. En tinieblas.....	189
XVII. Compañeros de crimen.....	201
XVIII. Teatro.....	211
XIX. La llave para Perihelion.....	219
XX. La mañana en la torre.....	231
XXI. Robot City.....	239
Las claves de Odisea.....	249
Otros títulos de la colección.....	253

Leyes de la robótica

1. Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la primera ley.
3. Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la primera o la segunda ley.

Mis robots

Isaac Asimov

Escribí *Robbie*, mi primera historia de robots, en mayo de 1939, cuando sólo contaba diecinueve años de edad.

Lo que la hacía diferente de todas las historias de robots escritas anteriormente era que yo estaba determinado a no convertir mis robots en símbolos. No debían ser un reflejo de la arrogancia superimaginativa de la humanidad. No debían ser ejemplo de las ambiciones humanas que penetran en el dominio del Todopoderoso. No debían ser una nueva Torre de Babel merecedora de castigo.

Los robots tampoco debían ser la representación de grupos minoritarios. Ni debían ser seres patéticos perseguidos ilegalmente, a fin de que yo pudiese efectuar declaraciones dignas de Esopo acerca de los judíos, los negros o cualesquiera otros miembros maltratados de la sociedad. Naturalmente, era completamente opuesto a ese maltrato y dejé bien claro mis opiniones en numerosas historias y ensayos... pero no en mis historias de robots.

En ese caso, ¿qué hice con mis robots? Los convertí en máquinas de ingeniería. Los convertí en instrumentos. Los convertí en máquinas que sirviesen a los objetivos humanos. Y los convertí en objetos con códigos de seguridad internos. Dicho de otro modo: hice que los robots no pudieran matar a su creador. Y, una vez decidido esto, tuve libertad para considerar otras consecuencias más razonables.

Desde que empecé a escribir mis historias de robots en 1939, no mencioné jamás la programación en relación con ellos. Todavía no se había inventado el ordenador personal ni yo lo preveía. Sí adelanté, no obstante, que el cerebro tenía que ser electrónico, de algún modo. Sin embargo, lo «electrónico» no me parecía bastante futurista. El positrón, una partícula subatómica exactamente igual al electrón, pero con una carga eléctrica opuesta, se había descubierto sólo cuatro años antes de escribir mi primera historia de robots. Parecía algo muy adecuado a la ciencia ficción, de manera que otorgué a mis robots unos cerebros positrónicos, e imaginé que sus pensamientos consistían en ondas relampagueantes de positrones cobrando existencia, para perderla casi inmediatamente. Las historias que escribí constituyeron, por tanto, la llamada «serie de robots positrónicos», si bien no había una gran diferencia entre el funcionamiento de los positrones que acabo de describir y el de los electrones.

Al principio, no me molesté en sistematizar ni describir en palabras cuáles eran las protecciones que yo había imaginado que debían poseer mis robots. Claro que, desde el comienzo, y puesto que había hecho que no fuese posible que un robot matara a su creador humano, tuve que destacar que los robots no podían perjudicar a los seres humanos, y que esto era una parte integrante de la complejidad de sus cerebros positrónicos.

Así, en la primera versión editada de *Robbie*, que apareció en septiembre de 1940 con el título de *Strange Playfellow*¹, en *Super Science Stories* describí el carácter genérico de un robot como sigue: «No puede dejar de ser leal, amante y amable. Es una máquina construida así».

Después de escribir *Robbie*, que John Campbell de *Astounding Science Fiction* rechazó, continué con otras historias de robots, que Campbell ya aceptó. El 23 de diciembre de 1940 fui a verle con la idea de un robot que podía leer en la mente humana —el que más tarde se convirtió en *Liar* (Embustero)—, y a John no le satisfizo mi explicación de por qué el robot se comportaba

¹ N. del T: *El extraño compañero de juegos*.

como lo hacía. Quería que quedaran bien definidos los códigos de protección robótica, a fin de poder comprender mejor al robot. Juntos, pues, compilamos lo que llegó a ser conocido como las «tres leyes de la Robótica». El concepto fue mío, puesto que se extrajeron de las historias que yo había escrito, pero la fraseología (si mal no recuerdo) la compusimos los dos.

Las tres leyes eran lógicas y tenían sentido. Para empezar, estaba la cuestión de la seguridad, ya primordial en mi mente cuando comencé a escribir historias de robots. Además, ya tenía muy claro que, incluso sin intentar hacer daño de manera activa, se puede tranquilamente, no haciendo nada, permitir que el mal actúe. Lo que tenía en mi mente era el cínico «El último decálogo» de Arthur Hugh Clough, en donde los Diez Mandamientos se hallan revisados satíricamente, en un estilo maquiavélico. El mandamiento más citado es: «No matarás, pero no necesitas esforzarte de manera explícita para mantener a nadie con vida».

Por esta razón insistí en que la primera ley (de seguridad) debía tener dos partes. Y al final quedó así:

1. *Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños.*

Después de formular la primera ley de esta forma, tuvimos que pasar a la segunda (de servicio). Naturalmente, al otorgar al robot la necesidad innata de obedecer órdenes, no era posible olvidar todo lo relativo a la seguridad. La segunda ley debía ser como sigue:

2. *Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la primera ley.*

Y, finalmente, teníamos que formular una tercera ley (de prudencia). Un robot sería una máquina cara y no debía ser maltratada o destruida sin necesidad. Claro está, esto no debía utilizarse como un medio de comprometer la seguridad o el servicio. La tercera ley, por consiguiente, tuvo que exponer:

3. Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la primera o la segunda ley.

Naturalmente, estas leyes están expresadas en palabras, lo cual constituye una imperfección. En el cerebro positrónico hay potenciales positrónicos pertinentes que se expresan mejor en términos de matemáticas avanzadas (lo que les aseguro se halla más allá de mis conocimientos). Sin embargo, aun así, existen ciertas ambigüedades. ¿Qué significa «daño» para un ser humano? ¿Han de obedecer los robots las órdenes dadas por un niño, un loco, un ser humano malvado? ¿Debe sacrificar un robot su útil y valiosa existencia para impedir un daño trivial hecho a un ser humano carente de importancia? ¿Y qué es trivial o poco importante?

Estas ambigüedades no son defectos, en lo que respecta a un escritor. Si las tres leyes fuesen perfectas y sin ambigüedades no habría espacio para las historias. Es en los recovecos y defectos de las ambigüedades donde pueden alojarse todos los argumentos, y ellos son los que proporcionan unos cimientos para *Robot & Aliens* y *Robot City*, la ciudad de los robots.

En *Liar* no establecí específicamente las tres leyes en palabras, y la historia se publicó en *Astounding*, en mayo de 1941. Sin embargo, sí las expresé claramente en mi siguiente historia de robots: *Runaround*, que apareció en marzo de 1942, también en *Astounding*. En aquella publicación, en la séptima línea de la página 100, un personaje dice:

—Mira, empecemos con las tres reglas fundamentales de la Robótica.

Y, acto seguido, las cita. Esto, dicho sea de paso, aparte de lo que pueda explicar yo o cualquier otra persona, representa la primera aparición en letra impresa de la palabra «robótica» que, al parecer, yo inventé.

Desde entonces, nunca he tenido ocasión durante el período de más de cuarenta años en el que he escrito muchas historias y novelas referentes a robots, de verme obligado a modificar las tres leyes. Pese a ello, a medida que transcurría el tiempo y mis robots ganaban en complejidad y versatilidad, he intuido que debían llegar a un nivel más elevado. Y

así, en *Robots e Imperio*, novela publicada por Plaza y Janés en 1985, hablaba de la posibilidad de que un robot suficientemente avanzado pudiese considerar necesario la prevención de perjudicar a la humanidad en general, con prioridad a la prevención de perjudicar a un solo individuo. A esta la llamé «ley cero de la Robótica».

Mi invención de las tres leyes de la Robótica es, probablemente, mi mayor contribución a la ciencia ficción. Han sido citadas ampliamente en otros campos, y posiblemente ninguna historia de robots estaría completa sin mencionarlas. En 1985, John Wiley & Son publicaron un grueso volumen, *Manual de Robótica Industrial*, editado por Shimon Y. Nof, y, a petición del editor, yo escribí una introducción referente a las tres leyes.

Quede bien entendido que los escritores de ciencia ficción hemos creado, entre todos, un conjunto de ideas que forman una propiedad común, de la que podemos echar mano todos. Por esta razón, nunca me he opuesto a que los demás escritores presentaran robots que obedeciesen las tres leyes. Esto más bien me ha halagado y, honradamente, los robots de ciencia ficción actuales casi no pueden aparecer sin esas leyes.

Sin embargo, me he resistido siempre a que otros escritores citasen textualmente las tres leyes. Mi actitud sobre este asunto es que se acepten las leyes sin más y que no las impriman. Sus conceptos son de todo el mundo, pero las palabras son mías.

Espero que alguna de mis criaturas cerebrales me sobreviva y, para ayudar a que alcancen algo parecido a una larga vida, creo que debo suavizar mis reglas y permitir que otros utilicen las leyes para darles nueva fuerza. Al fin y al cabo, en la ciencia se han descubierto y han ocurrido muchas cosas desde que se publicaron hace más de cincuenta años mis primeras historias de robots, y esto también debe tomarse en consideración.

Por consiguiente, cuando Byron Preiss vino a verme con la idea de editar una serie de novelas bajo el título general de *Robot & Aliens*² en las que los robots «Asimovianos» y sus ideas se usarían libremente, me sentí seducido por dicha

² Nota del editor: *Robot City* en la edición original de Byron Preiss.

idea. Byron manifestó que yo sería el consejero, a fin de comprobar que mis robots seguían siendo «Asimovianos»; que yo respondería a preguntas, haría sugerencias, vetaría todo lo malo, y proporcionaría la materia básica para la serie, al tiempo que estimularía a los autores. Y así se hizo. Byron y yo compartimos una serie de almuerzos durante los cuales él formulaba preguntas, y yo, y a veces mi esposa Janet, las contestábamos, lo que dio lugar a varias charlas muy interesantes.

Además, pondrían mi nombre en el título, para que los lectores supieran que el proyecto se había realizado de acuerdo conmigo, y con mi ayuda y conocimiento. En realidad, es un grato placer que unos escritores jóvenes y con talento dediquen su inteligencia y su ingenio al desarrollo de mis ideas, cada cual a su manera y estilo.

La primera novela de la serie Robot City: Odisea, se debe a Michael P. Kube McDowell, autor de Emprise, y me hallo profundamente satisfecho por estar relacionado con ella. La narración pertenece por completo a Michael, pues yo no puse nada de mi parte. Al decir esto, no intento en modo alguno repudiar la novela, sino, por el contrario, darle a su autor todo el mérito que le corresponde por parte de quienes gusten de leer su obra. Mi papel, como ya he indicado, ha sido sólo suministrar los conceptos robóticos, contestar (lo mejor que supe) a las preguntas formuladas por Byron y Michael, y sugerir soluciones a los problemas planteados por las tres leyes. En realidad, un libro de esta serie presentará tres nuevas leyes, muy interesantes, relativas a la manera cómo los robots tratarían con los seres humanos en una sociedad robótica, relación que es el eje oculto de Robot & Aliens.

En casi medio siglo de escribir he logrado hacerme un nombre muy conocido y de peso, y me gustaría usarlo para facilitar el camino de los autores jóvenes a través de sus novelas, así como para conservar los nombres de los escritores veteranos, publicando antologías de sus obras. La ciencia ficción en general, y muchos practicantes de ese género en particular, al fin y al cabo, han sido muy buenos conmigo durante todos esos años y la mejor manera de corresponderles es hacer a los demás lo que ellos hicieron por mí.

Permítanme subrayar que esta es la primera vez que he permitido a otros escritores penetrar en mi mundo de los robots y pasearse libremente por él. Estoy encantado con todo lo que he visto hasta ahora, incluyendo la cautivadora obra de arte de Paul Rivoche, y espero impaciente saber qué han hecho con las ideas y los conceptos que les propuse para sucesivos libros. Tal vez las novelas no sean exactamente tal como yo las hubiera escrito (en realidad, esto es imposible), pero así es mejor. De esta manera tendremos otras mentes y otras personalidades trabajando, enfocando desde otros ángulos, ampliando y elevando mis ideas.

Y para ti, lector, la aventura está a punto de empezar.

A handwritten signature in cursive script, reading "Isaac Asimov". The signature is written in dark ink and is positioned in the lower right quadrant of the page.

I

El despertar

El joven sujeto a la litera de seguridad, en el centro de la reducida cabina, se hallaba durmiendo plácidamente. Tenía relajados los músculos de su afilado rostro y los ojos cerrados. La cabeza se le había inclinado, de manera que su barbilla descansaba sobre el círculo de metal bruñido del cuello del traje de seguridad de color anaranjado. Gracias a sus mejillas lisas y a su cabello rubio arenoso, cortado a cepillo, parecía mucho más joven de lo que era en realidad, lo bastante como para hacer enarcar una ceja al portero del bar del aeropuerto espacial menos estricto con la ley.

Lentamente, el joven fue despertándose, como si le hubiesen estafado parte del sueño y fuera reacio a abandonarlo. Pero, a medida que la niebla se aclaraba, iba teniendo la aterradora sensación de estar asomado al borde de un precipicio.

Abrió repentinamente los ojos y se encontró mirando hacia abajo. La litera a la que le sujetaba el arnés de cinco puntos se hallaba inclinada hacia delante. Sin las correas, se habría despertado convertido en un revuelto montón sobre el pequeño espacio del curvado recinto metálico, aplastado contra la portilla de una sola hoja que había frente a él.

Levantó la cabeza y sus agudos ojos examinaron rápidamente el resto de cuanto le rodeaba. Había poco que ver. Estaba solo en la reducida cabina. Si se libraba del arnés, tendría espacio suficiente para permanecer de pie, tal vez para girar sobre sí

mismo, pero nada más. En un nicho del curvado mamparo de la derecha había un casco de un traje de seguridad. En el mamparo de la izquierda había una letrina, con su tubo de agua y su salida de residuos.

Nada de lo que veía tenía sentido, por lo que continuó catalogándolo simplemente. Sobre su cabeza, colgando del techo, había una especie de cuadro de mandos con un panel de ocho pilotos verdes y cuadrados, señalados como «P1», «P2», «F» y así sucesivamente. El cuadro de mandos estaba a su alcance, aunque en el mismo no había ni teclado ni controles que él pudiera manejar. En una esquina del cuadro se veía grabada, en caracteres negros y estilizados, la palabra MASSEY.

Aparte del leve carraspeo de su propia respiración, la cabina estaba casi en silencio. De la maquinaria que llenaba el espacio que quedaba detrás de su espalda y bajo sus pies, llegaba el ruido de un propulsor y un ligero zumbido eléctrico. Sin embargo, no entraba ningún sonido desde fuera, nada desde más allá de los mamparos.

Pese a ser tan corta, la lista ya estaba completa, y era hora de intentar sacar algún provecho de la misma. Se dio cuenta de que, aunque no reconocía cuanto le rodeaba, tampoco le sorprendía. Pero, como no lograba recordar dónde se había quedado dormido, no esperaba saber dónde estaría al despertar.

La verdad escueta era que ignoraba dónde estaba. O por qué estaba allí. No sabía cuánto tiempo llevaba en la cabina ni cómo había llegado a ella.

Mas, por el momento, nada de eso parecía tener gran importancia, puesto que se daba cuenta, con creciente inquietud y desaliento, de que tampoco sabía quién era.

Escudriñó su mente en busca de un atisbo de su identidad, de un sitio que conociese, de una cara que fuese importante para él, de algún recuerdo que atesorase. No había nada. Era como tratar de leer un papel en blanco. No recordaba ni un solo suceso que hubiese ocurrido antes de abrir los ojos y encontrarse aquí. Era como si su vida empezara en este momento.

Excepto que sabía que no era así. Él no era un recién nacido llorón, sino un hombre... o lo bastante parecido a uno para poder reclamar este título hasta nueva comprobación.

Había existido. Había tenido una identidad y un lugar en el mundo. Había tenido amigos, padres, un hogar. Debía de haber tenido todo eso... y más.

Pero todo se había desvanecido.

Se trataba de una sensación distinta a la del simple olvido. Al menos, cuando uno olvida algo, tiene la sensación de haberlo conocido antes...

—¿Estás bien? —inquirió una voz agradable, rompiendo el silencio y haciendo que de repente todos sus músculos se pusieran en tensión.

—¿Quién eres tú? —preguntó el joven—. ¿Dónde estás? ¿Dónde estoy yo?

—Soy Darla, tu compañera. Por favor, intenta calmarte. No estamos en peligro inmediato —la voz, procedente del cuadro de mandos que tenía delante, sonaba ahora más distintamente femenina—. Te hallas en el interior de una cápsula de supervivencia Modelo G85, de la corporación Massey. La cápsula Massey es el principal de los sistemas de seguridad espacial desde hace más de...

Mientras Darla proseguía con su propaganda, el joven volvió la cabeza para examinar de nuevo el compartimiento. Pensó que debía de haberlo comprendido. Naturalmente. Una cápsula de supervivencia. Hasta el nombre de Massey le resultaba familiar.

—¿Por qué no hay controles?

—Todas las cápsulas de la serie G fueron diseñadas para evaluar por su cuenta el plan de actuación más conveniente y llevarlo a la práctica.

«Claro está», pensó el joven. «Nunca se sabe quién subirá a una cápsula, ni en qué condiciones estará ese alguien».

—Tú no eres una persona. ¿Quién eres, pues? ¿Un programa de ordenador?

—Soy una personalidad positrónica —respondió Darla amablemente—. El concepto de Compañera es una especial contribución de la Corporación Massey a los sistemas de seguridad humanos.

Sí. Alguien con quien hablar. Alguien que ayudara a pasar las horas de espera sin pensar en lo que significaba no ser

encontrado. Toda la situación se le representó en el cerebro. Las cápsulas de supervivencia estaban automatizadas por completo. Esta lo estaba más. Se trataba de un robot... seguramente programado como un terapeuta y encargado de mantenerle sano y estable.

Un robot...

Un ser humano tiene una infancia. Un robot no. Un ser humano aprende. Un robot está programado. Un robot, falto de la identidad íntima que supuestamente debe proporcionársele antes de su activación, podrá «despertar» y descubrir que posee conocimientos sin experiencia, y preguntarse quién y qué es...

De pronto, se mordió el labio inferior.

¿Cómo experimenta un robot una sobrecarga en un sensor? ¿Como dolor?

Cuando sintió el sabor a sangre, relajó la mandíbula. Consideraría este pequeño experimento en su justo valor. Él era un ser humano. En cierto sentido, esta era la respuesta más inquietante.

—¿Por qué te has hecho daño a ti mismo? —preguntó Darla.

—Para estar seguro de poder hacérmelo —suspiró él—. ¿Sabes quién soy?

—Tu placa te identifica como Derec.

Miró por debajo del círculo metálico del cuello y por primera vez vio que había una tarjeta de identidad en el sujetador de placas del peto derecho de su traje de seguridad. Las letras, en rojo, superpuestas sobre el código dibujado en blanco y negro, decían realmente DEREK.

Pronunció el nombre en voz alta, experimentalmente.

—Derec.

No le resultaba ni familiar ni extraño. Su oído lo captó como un nombre propio, aunque más parecía un apellido.

«Pero, si soy Derec, ¿por qué me siento tan mal el traje de seguridad?». El círculo de la cintura y la envoltura del pecho le habrían sentado mucho mejor a un tipo más corpulento. Y, cuando intentó estirar sus entumecidas piernas, halló que las perneras del traje eran uno o dos centímetros demasiado cortas, por lo que no pudo estirarlas cómodamente.

Ciertamente, yo debería ser más bajo... y, tal vez, también más pesado. Sí, podría ser un traje viejo... que no debía usar más que en alguna emergencia. O podría ser esta mi tarjeta de identidad y el traje pertenecer a otro.

—¿Puedes examinar los datos de mi tarjeta de identidad? —preguntó esperanzadamente—. Debe de haber una fotografía, unos datos de ciudadanía, una lista de parientes. De este modo estaré seguro.

—Lo siento. En esta cápsula no hay lector de datos y mis sensores ópticos no pueden distinguir un dibujo tan fino.

—Entonces —concluyó él, frunciendo el ceño—, supongo que soy Derec, de momento.

Hizo una pausa y reunió sus dispersos pensamientos. Saber su nombre, si es que era su nombre, no aliviaba su sensación de vacío. Era como si hubiese perdido su brújula interna y, con ella, la capacidad de actuar en su propio provecho. Lo máximo que ahora podía hacer era reaccionar.

—Todos los sistemas ambientales de esta cápsula funcionan bien —le informó Darla—. Las naves de salvamento ya deben estar en camino.

Estas palabras le recordaron a Derec que existía un problema mucho más importante por el momento que averiguar quién era. La supervivencia era lo primero. Con el tiempo, tal vez las cosas que sabía le dirían lo que había olvidado.

Se hallaba en una cápsula de supervivencia. Su mente aceptó este hecho y empezó a reflexionar en él. Al cambiar de posición en su asiento, observó que el más leve movimiento hacía balancear la cápsula, pese al hecho de que la masa de esta no podía ser menos de quinientos kilogramos. Extendió un brazo y aflojó los músculos; el brazo tardó un segundo en caer contra su costado.

«A lo sumo una centésima de g (unidad de gravedad). Me hallo en una cápsula de supervivencia en la superficie de un mundo de gravedad muy baja. Iba en una nave estelar, rumbo a un lugar que ignoro, cuando sucedió algo. Quizás por esto no puedo recordar nada, o quizás el choque del aterrizaje...».

En la cápsula no había ninguna ventanilla, ni ojo de buque alguno; ni siquiera un mirador. Pero, si él no podía ver el exterior, Darla sí podía.

—¿Dónde estamos, Darla? —inquirió—. ¿En qué clase de sitio hemos aterrizado?

—¿Te gustaría que te enseñase nuestro paradero? Tengo un paquete de sensores disponible.

Derec conocía este término, aunque ignoraba dónde lo había aprendido. Un paquete de sensores era un conjunto de sensores, en forma de discos, que podían deslizarse por la superficie exterior de una nave espacial de casco liso; un sustituto muy barato, aunque más propenso a averías, que todo un conjunto de sensores montados.

—Veamos.

Las luces interiores disminuyeron de intensidad y el tercio central de la escotilla se convirtió en la pantalla de una proyección plana enviada hacia abajo desde el cuadro de mandos. Derec contempló un paisaje de hielo y rocas que le pareció totalmente absurdo. El horizonte se hallaba demasiado próximo, demasiado curvado. Tenía que ser una distorsión producida por la cámara, o un falso horizonte creado por un cráter en primer plano.

—Visor hacia la derecha.

Pero en todas partes había lo mismo: una aglomeración de hielo de color anaranjado esmaltado de rocas grises, fundiéndose hacia el horizonte con el telón aterciopelado del espacio. No divisó estrellas en el cielo, si bien era posible que esto fuese debido al limitado poder de resolución de los sensores y no a causa de una atmósfera. La gravedad del planetoides era demasiado ligera para atraer ni siquiera a los gases más densos, y los acantilados aserrados no mostraban señales de desgaste por cambios atmosféricos.

En realidad, era como un lugar residual, los restos de la formación de una estrella y sus planetas, un mundo olvidado que no había cambiado desde su creación. Era un mundo helado, estéril y, según todas las probabilidades, desierto.

«Antes desierto», se corrigió a sí mismo.

—¿Una luna o algún asteroide? —quiso saber.

—No importa donde estamos —respondió Darla—, lo que importa es estar a salvo. Debemos confiar en que las autoridades nos localicen y nos rescaten.

Derec preveía que pronto se cansaría de esta clase de evasión.

—¿Cómo puedo confiar en eso cuando no sé dónde estoy ni cuáles son las probabilidades de que nos encuentren? Sé que esta cápsula no posee un sistema completo de reciclaje ambiental. ¿Lo niegas acaso? —aguardó un momento la respuesta y continuó—. ¿Qué margen decidió la Corporación Massey que era suficiente? ¿Diez días? ¿Dos semanas?

—Derec, mantener una actitud apropiada es crucial para...

—... obtener resultado de la terapia, ¿verdad? —suspiró Derec—. Ya sé que tratas de protegerme. Algunas personas responderían mejor de este modo... con lo que no saben y todo eso. Pero yo soy diferente. Necesito información, no una tranquilidad. Necesito saber lo que tú sabes. ¿Entiendes? ¿O debo empezar a hurgar en tus entrañas y averiguarlo yo solo?

Derec se extrañó de ver que Darla no respondía. Lentamente, pensó que debía de haberle presentado un dilema que su cerebro positrónico tenía dificultades en resolver... si bien no había habido ningún dilema. Darla estaba obligada, por la segunda ley de la Robótica, a responder a su pregunta.

La segunda ley decía: «Un robot debe obedecer las órdenes que recibe de los seres humanos, excepto cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley».

Una pregunta era una orden y el silencio era una desobediencia. Lo cual sólo podía suceder si Darla seguía sus prioridades de acuerdo con la Primera Ley.

La primera ley decía: «Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daño».

Darla debía saber las escasas probabilidades que había de salvamento, incluso dentro de un sistema estelar, en trayectos bien transitados. Y Darla sabía, igual que cualquier robot, el daño que este hecho podía infligir al equilibrio emocional de un ser humano. El superviviente típico, ya aterrado por los sucesos que le habían conducido a la cápsula de supervivencia, respondería con desesperación, con una pérdida de la voluntad de vivir.

Esto tenía sentido. Naturalmente, Darla trataría de protegerle de las consecuencias de su propia curiosidad... a menos que él le hiciese comprender que con él era diferente.

—Darla, yo no pertenezco a la clase de individuos que te dijeron que debías ayudar —replicó gentilmente—. Necesito hacer algo, pensar en algo. No puedo estar aquí sentado y esperar. Puedo soportar malas noticias, si esto es lo que me estás ocultando. Lo que no puedo es sentirme desvalido.

Al fin y al cabo, era como si Darla también estuviese preparada para congeniar con los individuos como Derec, puesto que pronto se había convencido de cómo era él.

—Lo entiendo, Derec. Por supuesto, me complacerá mucho contarte todo lo que sé.

—Bravo. ¿De qué nave procedemos? —preguntó Derec—. En esta cabina no hay ningún distintivo del armador ni diario de a bordo.

—Esta es una cápsula G-85 de la Corporación Massey.

—Esto ya me lo has dicho. ¿De qué nave procedemos?

Darla guardó silencio un instante.

—Las cápsulas de supervivencia Massey constituyen el principal sistema de salvamento en seis de los ocho mayores transportes comerciales...

—¿No lo sabes?

—No me han inicializado con esta opción. ¿Deseas jugar una partida de ajedrez?

—No —Derec meditó un momento—. Lo único que sabes es hacer publicidad del constructor. Lo cual significa probablemente que venimos de una nave privada... puesto que todas las compañías de transporte tienen sus equipos señalizados.

—No tengo información al respecto.

—En realidad —sonrió Derec—, creo que sí la tienes. Entre tus sistemas tiene que haber un registrador de datos, que fue activado tan pronto como lanzaron la cápsula. Y dicho registrador no sólo ha de decirte de dónde veníamos y adónde nos dirigíamos, sino lo que ocurrió. Ya es hora de descubrir cuán lista eres, Darla. Necesitamos encontrar este registrador y estudiarlo.

—No tengo información acerca de tal registrador.

—Créeme, está aquí. En caso contrario no se podrían llevar a cabo averiguaciones después de un accidente espacial. ¿Controlas la alimentación de energía de la cápsula?

—Sí.

—Busca un cable no desconectable. Ese será.

—Un momento. Sí, hay dos.

—¿Cómo se llaman?

—Mi diagrama del sistema los señala como 1402 y 1632. No tengo más información.

Derec volvió a beber del tubo del agua.

—Perfecto. Uno será el registrador y probablemente el otro sea el transmisor de la baliza de localización. Estamos haciendo progresos. Ahora, busca las líneas de datos que corresponden a esas dos alimentaciones. Ellas nos dirán cuál es cada una.

—Lo siento. No puedo hallarlas.

—Han de estar ahí. El registrador estará tomando datos de tu módulo de navegación, del sistema ambiental, probablemente incluso un extracto de esta conversación. Tiene que haber todo un bosque de líneas de datos.

—Lo siento, Derec. Soy incapaz de hacer lo que me pides.

—¿Por qué?

—Cuando sigo una pista de diagnóstico en esta parte del sistema, no puedo hallar las líneas no señalizadas.

—¿Puedes mostrarme tu diagrama de servicio? Tal vez descubra algo.

El paisaje helado desapareció y fue remplazado por una proyección sumamente detallada de los circuitos lógicos de la cápsula de supervivencia. Al examinarla, Derec no tardó en hallar la respuesta: un conector de datos, un empalme Maxwell, enviaba y protegía la entrada de las líneas de datos al registrador. Los dos sistemas se hallaban eficazmente aislados. Unos empalmes similares se hallaban entre Darla y el navegador inercial el transmisor de la baliza localizadora y el sistema ambiental.

«Todo esto es muy extraño», pensó Derec. No era sorprendente que hubiese un sistema autónomo de nivel inferior

regulando las funciones rutinarias. Lo extraño era que Darla tuviese bloqueado el acceso a cualquier información de dicho sistema.

Los supervivientes aterrados o inválidos necesitaban ser tratados con tacto y discreción. Pero los robots estaban diseñados para actuar con una honestidad casi angustiada. Tal vez hubiese sido demasiado difícil programar una Compañera que pusiese buena cara, al tiempo que callaba terribles secretos. Mentir entrañaba peligros imprevisibles para las capacidades potenciales de un cerebro positrónico.

También había que tener en cuenta la tercera ley. La tercera ley decía: «Un robot debe proteger su existencia, siempre que esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Ley».

¿Cómo evaluaría un robot su responsabilidad para protegerse ante la creciente probabilidad de su destrucción? Era como si los constructores hubiesen decidido que era preferible que Darla ignorase ciertas cosas, y hubieran levantado barreras para impedir que las descubriese. La habían mantenido en la ignorancia de sí misma, e incluso de su propia ignorancia.

En esto existía un paralelismo perturbador con la situación de Derec. «¿Es esto lo que me ha ocurrido?», se preguntó el joven. Casi desde el principio había esperado que su pérdida de memoria fuese la consecuencia de la catástrofe que le había llevado a la cápsula de supervivencia, conjuntamente quizá con un *shock* debido a un mal aterrizaje en este mundo.

Ahora tenía que preguntarse si esa amnesia selectiva se debía a un accidente. Había leído con facilidad el diagrama, pero no recordaba dónde ni cómo había adquirido esta habilidad. Obviamente, poseía un adiestramiento técnico, un hecho que, si sobrevivía, seguramente le resultaría útil para deducir su identidad. Pero, ¿por qué recordaba las lecciones y no al profesor? ¿Tan perjudicado podía haber resultado su cerebro?

No obstante, leer un esquema era una tarea complicada, que indudablemente requería que su cerebro y su memoria no estuvieran dañados. Por lo que podía juzgar, su razonamiento era claro y bien medido. De haber sufrido un *shock* o una conmoción, ¿no habrían quedado afectadas esas facultades?

Tal vez no fuese algo que le había ocurrido. Tal vez, como a Darla, era algo que le habían hecho.

Derec hizo una mueca. Resultaba bastante inquietante contemplar la pared blanca de su pasado, pero era más inquietante todavía pensar que lo que se hallaba disimulado detrás de esa pared podía ser el motivo por el que la habían levantado.

Darla estaba impaciente.

—¿Has averiguado algo? —le apremió con una nota de ansiedad.

Parpadeando, Derec levantó la vista hacia el cuadro de mandos.

—El registrador está protegido por un conector Maxwell. Y el conector no permite que nada pase hacia el registrador si no lo reconoce, por cuyo motivo no puede descubrirse con un trazador. Y es por esto que no podemos leerlo a través de ti. Pero en alguna parte debe de haber una terminal de datos, probablemente en el casco exterior...

En aquel momento, toda la cápsula se balanceó y pareció flotar. Derec tuvo la sensación de que ya no estaba en contacto con la helada superficie del asteroide.

—¿Qué sucede? —se alteró.

—Por favor, conserva la calma —le aconsejó Darla.

—¿Qué pasa? ¿Nos han localizado?

—Sí, creo que sí. Aunque no puedo decir quiénes.

Derec se quedó boquiabierto un instante.

—¡Vuelve a poner en marcha el visor exterior! ¡Deprisa!

—Empiezo a preocuparme por tu nivel de excitación, Derec. Por favor, cierra los ojos y respira varias veces profundamente.

—No pienso hacer tal cosa —replicó Derec, encolerizado—. Quiero ver qué sucede.

Hubo un momento de vacilación y al final Darla asintió.

—Muy bien.

La vista que se ofreció a los ojos de Derec le dejó casi sin respiración. Las cámaras de los sensores ya no enfocaban el horizonte, sino el terreno. Media docena de máquinas, cada una distinta de la siguiente, se hallaban dispuestas alrededor de la cápsula. La mayor era más alta que un hombre, y la más pequeña apenas tenía las dimensiones del casco de un traje de seguridad. Las menores se sostenían sobre unos diminutos

chorros de gas blanco, mientras que las mayores se apoyaban sobre ruedas o cadenas articuladas.

También pudo percibir parte de una especie de trailer o puente rodante, que parecía estar centrado debajo de la cápsula. Y todo ello, las máquinas, el trailer y la cápsula, se movían en dirección a un destino desconocido, como una caravana en un desierto helado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Darla—. ¿Puedes identificarlas? ¿Están en contacto con nosotros?

—El aparato que tenemos debajo parece ser un transportador de carga. No tengo información sobre los otros mecanismos.

Derec alargó una mano hacia su casco y abrió el cierre que lo mantenía en su sitio.

—Voy a salir. No permitiré que nos saquen de aquí sin una explicación.

—Salir de la cápsula puede ser muy peligroso —objetó Darla—. Además, al abrir la escotilla perderás un mínimo de cuatro horas de oxígeno.

—Es importante averiguar qué ocurre.

—No puedo permitirlo, Derec.

—No es tu decisión —la atajó él, buscando con su mano libre el cierre del arnés para soltarlo.

—Lo siento, Derec. Sí es mi decisión —arguyó Darla.

Demasiado tarde comprendió Derec que una Compañera Massey estaba equipada para calmar a un superviviente angustiado, no sólo verbalmente sino químicamente. Los dos chorros de niebla salidos de cada lado del casco le dieron en pleno rostro, y él, con un gesto de sorpresa, inhaló unas gotas tremendamente dulzonas.

Derec apenas tuvo tiempo de extrañarse antes de que la droga obrase su efecto. Sus brazos se aflojaron, cayendo el derecho muy cerca del cierre del arnés, al tiempo que el izquierdo soltaba el casco. Su visión se tornó borrosa casi al instante. Como desde muy lejos, oyó el sonido del casco al rebotar al suelo. Pero entre el primer bote y el segundo, Derec cayó en la oscuridad silenciosa de la inconsciencia y no vio ni oyó nada más.